

Valericio Leppe, cantor por sabiduría

Prólogo “Greda Viva”, Ediciones Hijos del Maule, Talca, 2002.

*“Soy sobreviviente de aquellos que conocimos
la alegría por dentro”
V. L.*

Previo

Para hablar con propiedad de Valericio Leppe es fundamental conocer y amar profundamente el terrón natal; solo así lograremos entender la belleza de sus creaciones de onda y perdurable raíz folclórica. Quien pase por la geografía con una actitud displicente de depredador o de simple turista, jamás vislumbrará las mágicas correspondencias que se establecen con el hombre y la naturaleza, porque habrá perdido el vínculo visceral con toda auténtica artesanía, habrá perdido la capacidad de asombro, eso que nos permitía disfrutar - con sólo contemplar el entorno - de las pequeñas e infinitas criaturas del paisaje: astros, esteros, juncos, perales, garzas, yuntas remolonas, herramientas, huevos azules, lagartijas, costumbres, leyendas, supersticiones y paisanos entrañables que conformaban una comunidad armónica, original y solidaria.

Valericio Leppe guarda un pueblo en su voz, pueblo que paulatinamente ha sido absorbido por una modernidad anacrónica y que, hoy, intentamos rescatar con canto y poesía para que el ser humano vuelva a respirar el aire transparente de un valle luminoso.

Reseña de una vida

Nace en Pencahue, pueblo ubicado a 15 kilómetros al poniente de Talca, capital de la Región del Maule, en Chile, el año 1937. A horas de ver la luz del mundo, se traslada al hogar tutelar de siempre en la vecina localidad de Las Tizas, aldea que dormita en las márgenes del estero Los Puercos, junto al cielo y graznidos de tordos y loicas que sobrevuelan esos lentos maizales, sandiales, ganados y huertas verduleras que vienen germinando desde los remotos días de picunches, incas y encomenderos. Y de antes, quizá.

Junto a su madre, María Becerra, desarrolla el oído musical y hereda el amor telúrico y ancestral por el canto campesino, el cual ella entonaba mientras faenaba alrededor de la casa para que sus niños chicos la oyeran cercana y maternal. En cierta ocasión me contó que los tarros de las goteras eran su piano de chiquillo. Así, desde la cuna Valericio mamó esas resonancias y melodías que traen sus canciones y que desgrana por ahí cuando tiene ganas.

Su padre, Oseas Leppe, mediero honrado y bueno, aunque de carácter áspero, rodeaba sus animales ululando largos y armoniosos gritos de pastor; Valericio lo escuchaba de lejos ensayando esos mismos sonidos guturales y desarrollaría su portentosa voz de cantor como ovejero entre las galegas del bajo, surcando potreros ajenos o correteando por los lomajes de su comarca, como en aquella ocasión cuando con apenas cuatro añitos se ganó su primera galleta y cinco pesos; ese

atardecer cruzó zanjones y cercas, patios y callejuelas hasta que llegó corriendo donde mamá lavaba o zurcía para ofrendarle el fruto de su esfuerzo de muchachito labriego.

Así se hizo pregonero de la esperanza de los pobres.

Fue el mayor de siete hermanos. Estudia con ellos en la Escuela Pública de Penciahue hasta 4º preparatoria; luego debe emigrar a Talca asistiendo a la Escuela 3 y posteriormente a la Escuela Industrial, desde donde egresa como Mecánico Tornero en máquinas herramientas. El trasplante del campo a la ciudad fue un tremendo cambio cultural para su modo agreste, simple y espontáneo. Todo era distinto; las comidas, las ropas, las palabras, los gestos, los ademanes, la religiosidad e, incluso, los juegos infantiles. Por ejemplo, allá en su aldea el pillarse se llamaba *perro-zorro*, en cambio en la urbe *paco-reo*.

En 1956 empieza a trabajar en ENDESA, Central Cipreses, donde permanece por ocho años; ahí, rodeado por el paisaje cordillerano, se inicia en el oficio del canto solidario que acompaña la fatiga y el sudor del trabajador asalariado, actitud que mantendrá inalterable por todo el resto de su vida. Se compadece de los humildes sintiéndose uno de ellos y les anima cantando la entrega a la faena cuando esta redunde en beneficio de todos; mas, cuando el excedente lo acumula el egoísta, alza su voz robusta y acompasada diciendo siempre las cosas por su nombre.

Junto a su hermano Oseas forman un dúo que interpretaría de preferencia temas de la tradición chilena y del folclore argentino. Por esta época se produce su encuentro con Eduardo Guzmán, oriundo de la sureña provincia de Angol, con quien muy pronto se transformarían en grandes amigos y compañeros de afanes y derroteros por los caminos del arte y la canción popular.

Su padre fallece en 1962, correspondiéndole entonces asumir como jefe de hogar y amparo de su madre y hermanos menores.

En 1964 emigra a la hidroeléctrica Rapel, donde cumple funciones de supervisor de montaje. Aquí es donde conoce a Gastón Guzmán y a Mauricio Gangas, con quienes los Leppe formarían el cuarteto *Voces del Quelentaro*, participando, de esta forma, en todas las manifestaciones sindicales de la empresa con un canto sensiblemente humano y solidario. En 1965, Voces del Quelentaro gana el Festival de la Canción Folclórica de Melipilla, en una serie de actuaciones que les abriría las puertas a un público más vasto y exigente. Ese mismo año se producen dos cambios en el grupo; Ari Alvarez reemplazaría a Oseas Leppe y Eladio López a Mauricio Gangas. También, en ese prolífico 1965, se presentan en “La Carpa de la Reina”. Más tarde Violeta Parra los invitaría a grabar sus temas “Atención mozos solteros” y “El joven para casarse”. Voces del Quelentaro editaría, en su breve pero fructífera trayectoria, dos álbumes fundamentales para la historia del auténtico folclor nacional; en 1966 “Coplas al Viento” y en 1967 “Huella Campesina”.

En 1967 abandonan el cuarteto Alvarez y López, y pasa a constituirse así el célebre *Dúo Quelentaro* conformado, entonces, por Gastón Guzmán y Valericio Leppe, quienes en 1968 editan su inolvidable larga duración “Leña Gruesa”, cuyos temas seguirán viviendo por mucho tiempo en la memoria colectiva del pueblo chileno.

Valericio Leppe fue siempre un hombre inquieto en su afán por superarse tanto como persona integral, cantor y científico, para poder, de esta manera, servir mejor al prójimo. Tanto es así que,

en 1968 - cuando la actividad política, social y cultural en el país era muy agitada -, se recibe de Ingeniero Industrial en la Universidad Técnica del Estado y pasa a ejercer como profesor en INACAP; en esta misma institución se desempeñaría como Jefe Nacional de Extensión y Cultura entre los años 1970 a 1972. Posteriormente, es elegido por ENADI Jefe de Capacitación Técnica para trabajadores de energía y gas de las provincias de Santiago, O'Higgins, Colchagua, Curicó, Talca, Linares y Maule, cargo en el que se mantiene hasta el momento del golpe de Estado de 1973.

Paralelamente a las actividades académicas, Valericio Leppe prosigue con su trabajo en el ámbito de la creación de temas folclóricos que vendrán a enriquecer notablemente nuestro acervo cultural. Posterior al Dúo Quelentaro conformaría, entre 1969 y 1972, el *Dúo Coirón*, profundizando la línea melódica y poética campesina de sus conjuntos anteriores. Participa en este dueto con diferentes compañeros; en primer lugar junto a Pedro Yáñez, con quien compone "El Obligao"; enseguida vuelve a trabajar con Eladio López para producir los álbumes "Tamarugo y Yerba Buena" y "Chúcaro y Manso"; y, finalmente antes de exiliarse se une a Fernando Carrasco, de cuya amistad musical surgiría "Leyendas de la Cocina", canciones que se perderían definitivamente en la noche fascista.

La intensa y comprometida actividad cultural que desarrolla Valericio Leppe a favor de los desposeídos, durante el gobierno de la Unidad Popular, le acarrearía el mismo destino trágico que a tantos compatriotas perseguidos y expulsados del país por la dictadura militar, por lo cual debe radicarse en Finlandia durante largos 23 años. Allá, lejos del suelo que lo vio nacer y criarse junto a un pueblo sencillo y alegre, esforzado y comunitario, Valericio Leppe se siente herido de muerte, tan distante de aquella cultura popular que había contribuido a levantar con sus compañeros de oficio, canto y poesía. Para un hombre de costumbres sicológicas consuetudinarias, tan arraigadas al lar paterno, al terruño de Pencahue, al aroma de sus espinos, a los gorjeos y mugidos que atravesaban el paraje, al teñir de la campana aldeana, qué terrible condena debe haber significado abandonar abruptamente sus sueños de toda la vida. ¿Qué hubiera ocurrido con la inmensa obra de Violeta Parra, Rolando Alarcón, Quilapayún, Patricio Manns, Inti Illimani y tantos otros ahora repartidos por el mundo, sin las motivaciones que daban origen a ese arte?

La pena mayor, sin duda, sería el crimen alevoso de Víctor Jara con quién Valericio había alcanzado a realizar junto a otros cantores un sencillo con los temas "La marcha de los trabajadores de la construcción" y "Parando los tijerales". El terrorismo de Estado, mientras tanto se ensañaba por el largo y ensangrentado territorio de Chile destruyendo completamente el movimiento popular obrero y campesino de los años 60 y 70, retrotrayéndonos como ciudadanos al tiempo de las cavernas, del pavor y del exterminio que tan profundas secuelas ha dejado en las nuevas generaciones, atomizadas, dispersas e irresolutas, cuando no simplemente superficiales y corruptas.

Pero para Valericio Leppe no todo está perdido; la vida continúa: En 1986, luego de años de adaptación al nuevo cielo y al nuevo devenir histórico - adaptación en la cual nunca deja de pensar y sufrir por sus gentes maulinas, allá en los confines del mundo donde hasta el canto de los pájaros le suena extraño -, es reconocido como Antropólogo por la Universidad de Helsinki debido a sus investigaciones y publicaciones de estudios y tesis sobre modos de convivencia humanos y costumbres ancestrales amenazadas de absorción por la voraz modernidad, y, así, entre los años 1986 y 1994, ejercería como profesor y conferencista en la Facultad de Antropología Cultural y Social de la mencionada institución finesa.

En 1992 inicia estudios de doctorado en Ciencias Hidráulicas y Preservación Ambiental por la Universidad de Tampere, los que quedan inconclusos. En 1994 funda una entidad de investigación antropológica para trabajar en equipo con el Departamento de Comercio Exterior del Estado de Finlandia, denominada “*Cultur Training*”, la que funciona hasta 1996, fecha en la que retorna definitivamente a la humilde realidad de su entrañable mundo originario.

Ya radicado en Penciahue como retornado político levanta una trinchera de la cultura campesina conocida como *La Tortolita*, la cual pretende ser un museo interactivo de la vida rural con sus peñas folclóricas, muestras de trabajos tradicionales y una granja educativa. Funciona entre los años 1999 y 2001.

En el año 2002 retomaría su trabajo de creación poética-musical con Fernando Carrasco editando el CD “Más Allá de las Palabras”.

En el año 2003 publica su libro de poemas “Greda Viva”, donde recoge parte de su producción literaria y nos entrega su última obra “La Memoria de mi Tierra”, CD doble financiado por FONDART, acompañado por “Semillas del Coirón”, cantores populares penciahuinos.

Fallece repentinamente en plena labor cultural el 20 de abril del 2004, dejándonos en su canto y en su amistad un legado imperecedero.

Palabras finales

Así hemos intentado presentar a este hombre multifacético, Valericio Leppe. Aventurando un juicio, que sólo el tiempo podrá confirmar o desmentir, creo estar en presencia de la voz telúrica, *greda viva*, más genuina y auténtica del centro sur de Chile, la voz de la tierra. El canto de Valerio Leppe tiene la fuerza de la naturaleza; es saludable su arte, tonifica el alma y el cuerpo. Quien escucha su poesía cambia para siempre su manera de ser. En época de crisis valórica, de estupidez masiva, sin grandes utopías en el horizonte; en tiempos de relativismos enervantes y estilos anacrónicos y enajenantes, oír la voz de Valericio Leppe es volver a vivir en armonía con los espíritus más hermosos de nuestros sabios campesinos del valle de Penciahue.